GOCHET, P., *Quine en perspective*, Ed. Flammarion, Paris, 1978, 217 págs.

En este libro el autor Paul Gochet, de quien conocemos su "Esquisse d'une theorie nominaliste de la proposition" (1972), pone de manifiesto una vez más, tanto su capacidad de síntesis, como su preferencia por un autor cuya importancia es indubitable en nuestro tiempo, llevando a cabo un estudio unitario y pleno de valor en donde las caracterizaciones de orden general van acompañadas de las precisiones internas convenientes y de justificadas comparaciones respecto de otros autores, para terminar finalmente valorando el pensamiento de Quine como "un pragmatismo que se metamorfosea en realismo" (p. 208).

Gochet parte, en el tratamiento del autor que le ocupa, de la crítica que Quine lleva a cabo en contra de la epistemología empirista; en tal crítica se encuentran dos tesis centrales de su pensamiento. La primera de ellas consiste en el rechazo de la distinción entre enunciados sintéticos y enunciados analíticos; la segunda se refiere al rechazo de la pretensión de verificar enunciados aislados.

Respecto de la primera, considera Quine que, por un lado, los enunciados de la lógica y de la matemática, claramente analíticos, no agotan el título de la analiticidad pues existen numerosos enunciados del sentido común cuya verdad se conoce *a priori* y que por lo mismo no son sintéticos. Determinar por tanto, en qué consiste la analitividad de un enunciado comporta graves problemas cuando se toman en consideración tales verdades del sentido común. Por otro lado, el intento de definir una verdad analítica en términos de verdad lógica o a una verdad que mediante el reemplazo de expresiones sinonímicas sea reductible a una verdad lógica, plantea el problema de definir la noción de sinonimia. Si para esto se recurre al criterio de intercambiabilidad *salva veritate* con fundamento en el principio de extensionalidad, se viene a caer en la admisión de frases que no son sinónimas; y si se refuerza el criterio de intercambiabilidad *salva veritate* con fundamento en la noción de necesidad y esta a su vez se define en términos de analiticidad se incurre en una definición circular.

A la idea de verificación de enunciados aislados —cara pretensión de los positivistas—,

apelando al tribunal de la experiencia y al sentido de las palabras, Quine opone la doctrina que ha sido denominada "holismo", según la cual, "la unidad de significado empírico es la totalidad de la ciencia" (p. 22). Gochet pone de manifiesto que en esta doctrina "El abandono del atomismo semántico en favor del holismo semántico conduce irremediablemente, al abandono de la dicotomía de lo analítico y lo sintético" (Ibid.). Este "holismo semántico" llevado a sus últimas consecuencias conduce, según J. Vuillemin, a un holismo ontológico, e. d. a un monismo (p. 26). Se podría decir no obstante que se trata de un monismo peculiar, ya que aunque se refiere de hecho u objetivamente a la experiencia, cuando se le formula en términos epistemológicos, se podría caracterizar, paradójicamente, como un monismo relacional y pragmático, pues Quine considera que, nuestro saber "es un edificio único que incluye todas las ciencias, e incluso todo aquello que podamos decir referente al mundo" (ibid.), pero, no obstante, en la práctica, cabe la posibilidad de exhaltar una teoría o una parte importante de ella frente a los hechos, pues para decidir la verdad de una frase, "es generalmente una porción de teoría de dimensión media la que contendrá todas las conexiones que son susceptibles de afectar nuestra decisión final sobre una frase dada" (Ibid.).

Ahora bien, esta actitud pragmática puede llevarse más lejos; cara a los fines, afirma Quine, "yo no me inquieto por evitar la forma extrema y trivial de holismo que consiste en salvar una ley gracias a un cambio de significación" (en los términos de un enunciado) (p. 28). Lo cual a su vez lleva consigo la admisión de una ausencia de distinción entre lenguaje y teoría y si los cambios en el seno de esta se confunden con los cambios que tienen lugar en el seno del lenguaje, se engendra entonces la paradoja de la inconmensurabilidad de las teorías cientíicas. Aunque Gochet toma en consideración los puntos de vista de otros autores, pone de manifiesto, por un lado, que en este problema subsiste implícitamente la negación de la dicotomía analítico-sintético pero que se puede admitir, por otro lado, como válida la distinción desde un punto de vista sintáctico, entre expresiones bien formadas y expresiones mal formadas, distinción sobre la cual puede defenderse la tesis de la subdeterminación de las teorías científicas, tesis que será explicitada por Gochet, tras replantear el tema de una posible fundamentación última de la ciencia, respecto de lo cual pondrá de relieve lo que considera ser la aportación más importante de Quine en materia epistemológica, al pasar de una epistemología que busca su propio fundamento —tratando de reducir los fundamentos del saber a unos cuantos principios indubitables evidentes y de valor universal—, a una imagen del saber "más fiel a la realidad que la concepción tradicio-

nal (p. 34). La renuncia de otros autores tales como Popper a la esperanza de fundar la ciencia empírica sobre evidencias infalibles, no les impide, no obstante, usar la imagen del "edificio" para representar el carácter fundado de los saberes científicos. Quine renuncia, según la interpretación de Gochet, a esta pretensión, no para caer en el escepticismo sino para poner en práctica una nueva estrategia de la autofundamentación; en esta "no se trata, en efecto, de reemplazar la idea *de dependencia* entre proposiciones primitivas y proposiciones derivadas por la idea de *independencia,* sino por la idea de *interdependencia*" (ibid.). La filosofía clásica ha forjado un ídolo al pensar que aplicando cuidadosamente el método científico, nos aproximamos cada vez más y con mayor seguridad a la *teoría* ideal, postulando con ello, la idea de que la verdad es única. Nada, parafrasea Cochet, excluye a priori la posibilidad de que numerosas sistematizaciones teóricas pasen *ex aequo* la prueba de la experiencia" (p. 36), e. d., tratándose de teorías físicas, éstas pueden lógicamente incompatibles entre sí y empíricamente equivalentes. Queda así formulada la tesis de la subdeterminación de las teorías científicas, la cual viene a ser una formulación diferente y más radical del holismo epistemológico, pues éste en su versión más general afirma la existencia de una pluralidad de teorías que dan cuenta de *observaciones reales,* mientras que aquella se refiere a todas las *observaciones posibles.* Han quedado así bosquejadas cuatro doctrinas fundamentales en el pensamiento de Quine. Pero esto plantea problemas de elección entre ellas, que son resumidas por Gochet de la siguiente manera:

1. El holismo epistemológico: los enunciados afrontan colectivamente el tribunal de la experiencia.

2. La teoría verificacionista del significado: el sentido de un enunciado reside en la diferencia que su verdad guarda rerspecto a una observación solamente posible.

3. El holismo semántico: la unidad de significación, no es la palabra, ni siquiera el enunciado, sino la totalidad de la ciencia.

4. La subdeterminación de las teorías científicas: numerosas teorías pueden pasar *ex aequo* la prueba de la experiencia.

De estas cuatro doctrinas, Gochet considera que la más vulnerable, es la tercera, pues "reposa sobre la confusión entre lenguaje y teoría" (p. 4). No obstante, Quine puede superar esta confusión, recurriendo a la noción de traducción pues una traducción se lleva a cabo cuando se ha sido capaz de aplicar a un texto, un código, que en principio podría haberse aplicado a otro (p. 41), con lo cual es posible establecer o manejar una cierta distinción entre lengua y teoría.

El problema del significado, siempre latente, se plantea con

otros matices, en torno al problema de la definición en las ciencias. Su fallo es manifiesto en los intentos construccionistas que pretendían ser paradigmáticas en sus logros, pero por su dependencia respecto de la experiencia, resulta difícil de mantener el máximo y deseado nivel de racionalidad; al mismo tiempo, el criterio empírico de verificación resulta inadecuado para los conceptos teóricos, lo cual constituye a su vez, una razón más para renunciar a las ambiciones del fundacionalismo tanto en materia conceptual como en materia doctrinal. Esto es lo que constituye el punto de partida para intentar un estudio psico-genético de la significación, de donde programáticamente al menos, pueda surgir una "epistemología naturalizada". Quine fija para una epistemología de este tipo la tarea de destruir "el enlace entre las observaciones y el laberinto interior de la teoría científica... en términos de aprendizaje del lenguaje" (p. 46). Las preguntas que se plantean, son por lo menos dos: ¿no se incurre en psicologismo?, ¿no se pretende también, apoyándose en una ciencia particular, fundar el conocimiento en general? Desde el punto de vista de Gochet, la última cuestión no se plantea, pues Quine ha renunciado a la pretensión de fundamentar y justificar el conocimiento; lo que pretende simplemente es *explicar* "cómo, si nuestra ciencia fuese verdadera, podríamos saberlo" (p. 4). En cuanto a la primera pregunta, Gochet señala que Quine, al instalarse en una psicología de la tercera persona, adopta un *behaviorismo metodológico,* lo cual queda de manifiesto cuando define la noción de *similaridad perceptual* en términos de "comportamientos exteriores observables por un tercero" (p. 50). A partir de la línea behaviorista aceptada, Quine se empeña en mantener los enunciados de observación en un status tal que en él, se pongan de relieve las prerrogativas que les corresponden por todo lo que el dato sensible añade al entendimiento (p. 53). Esto no es un obstáculo para admitir un "*grado de observacionalidad en las fases*", con lo cual el nuevo concepto de enunciado es *relativo* e incluso *impreciso,* y Gochet, justificando a Quine dice: "La relatividad y la imprecisión no son necesariamente males, la confusión al contrario es un mal siempre" (p. 54).

La teoría de la significación es abordada en el capítulo III desde un punto de vista semántico-positivo. Frente al realismo intensional de Frege, según el cual tanto el *valor de verdad* como el *sentido* son independientes del sujeto pensante, se ha considerado importante considerar los nexos que unen el sentido de los términos y sus manifestaciones psicológicas. Tal es la semántica mentalista elaborada por Russell; en ella una frase declarativa no sólo indica un hecho sino que también expresa un estado del hablante; en último término una frase expresa una "ocurrencia psicológica que describe bien o mal lo real" (p. 60). Qui-

ne rechaza ambas posturas y frente a ellas postula una *semántica positiva* que debe reposar sobre hechos *observables* y *públicamente* asignables, e. d., el sentido no puede ser separado de las conductas lingüísticas por las cuales se comunica a otro; sostener lo contrario tal como lo hacen tanto la semántica intensional como la mentalista es un error, cabe decir: "El lingüista de la selva está condenado al behaviorismo" (p. 62). La tarea del lingüista consiste en establecer correlaciones entre las *estimulaciones sensoriales* de los sujetos parlantes y las *emisiones verbales:* es por la observación y la inducción por las que el lingüista o el niño empiezan el aprendizaje de la lengua.

No obstante, la definición behaviorista de la significación, resulta extraña; para conseguirla Quine introduce el concepto de "signification-stimulus", con el cual se refiere —dicho en términos simplificados—, al conjunto de estimulaciones sensoriales que conducirían al asentamiento o al rechazo en un momento determinado T respecto de una frase S (p. 63). La pregunta obligada y que por cierto, recibe un breve tratamiento es la siguiente ¿Se dispone de criterios para la identificación de las estimulaciones? Dejando a un lado este problema, Gochet se ocupa de la clasificación de las frases ofrecida por Quine, clasificación en la cual conservan un lugar especial las frases ocasionales observacionales, por poseer un sentido aisladamente, e. d., una significación empírica *autónoma;* y para que esto no repercuta en la tesis del holismo epistemológico hay que preservar el carácter de autonomía a las frases concebidas como un todo, haciendo abstracción de su estructura interna (¿). En relación con todo lo anterior, se plantean nuevamente viejas preguntas. ¿Existen factores innatos en el aprendizaje y conocimiento de una lengua? La respuesta empirista de Quine y la racionalista de Chomsky son comparadas por Gochet, quien concluye que las concesiones del primero al segundo son más bien aparentes que reales.

En el capítulo IV, se aborda la tesis de la indeterminación de la traducción. Tal indeterminación se pone de manifiesto cuando hipótesis analítica rivales, como traducciones posibles de una frase a un idioma diferente, pueden pasar *ex aequo* las pruebas comportamentales. Por ejemplo, ante la aparición de algo así como un conejo y la emisión por un hablante de la expresión "Gavagai", ¿qué es lo que se debe entender? ¿Un conejo, un aspecto de conejo, o una manifestación de leporieidad? La gravedad del problema de la indeterminación de la traducción es puesta de manifiesto por Gochet al señalar que tal indeterrminación no es *epistemológica* sino *ontológica,* con fundamento en el siguiente texto de *Word and Object:* "La cuestión no es que no podamos saber con certeza si la hipótesis analítica retenida es la buena; sino que aquí no hay incluso... una materia objetiva en torno

a la cual se pudiese estar en lo verdadero o en lo falso" (W&O, p. 73). En esta formulación se reafirma la interpretación relativista de los enunciados al postular la relatividad de las significaciones en relación a las hipótesis analíticas. "Existen, sí, las significaciones, pero no son en sí" (p. 84). Etas afirmación no hace sino expresar una lógica consecuencia del fisicalismo mantenido por Quine, según el cual, "la única realidad digna de ese nombre, es la realidad física" (p. 86). Ahora bien, ¿hay un límite en la indeterminación de la traducción? ¿No se puede decir que el término "conejos" nos remite a los conejos? Sí; pero siempre cabe preguntar ¿en qué sentido de "conejos"? Por esta vía se ve claramente que se postula un regreso al infinito. No obstante, cabe otra posibilidad que el grado de indeterminación de la traducción se limite, haciéndolo depender de el grado de subdeterminación de la teoría traducida (p. 87).

Las implicaciones ontológicas de esta tesis no se hacen esperar si se afirma la indeterminación de la significación hay que afirmar la *inescrutabilidad* de la cual a su vez desemboca en la relatividad de la ontología (p. 97). En relación con el ámbito de ésta, se analiza en los capítulos V y VI, una noción clase en el pensamiento de Quine, la noción de "criterio de asunción ontológica". En términos de Gochet, este criterio es fundamentalmente un "revelador", destinado a detectar las afirmaciones ontológicas implícitas en una teoría (p. 100). Es importante por ello, la distinción entre la *ontología* de una teoría y las *asunciones ontológicas* de una teoría. Con base en esta distinción, se puede decir que dos teorías pueden tener la misma ontología y una carga ontológica diferente (p. 105). Es también esta distinción la que hace posible que el criterio de asunción ontológica de Quine sea *neutro* respecto del nominalismo y del realismo. "De una manera general, las entidades de una especie dada son asumida por una teoría si y sólo si, algunas de entre ellas deben ser contadas entre los valores de las variables para que los enunciados afirmados en la teoría sean verdaderos" (p. 99).

En íntima relación con su fisicalismo, Quine busca una ontología naturalizada que no sea nada más que una prolongación de las ciencias de la naturaleza, lo cual implica que las verdades de la ontología son tan revisables como las de las ciencias particulares, lo cual hace de ella una disciplina *a posteriori*.

La tarea del filósofo, en el programa formulado por Quine, queda reducido a la elaboración de un lenguaje canónico, austero en asunciones ontológicas, pero suficiente para la enunciación de las verdades científicas admitidas en las ciencias particulares; en cualquier caso, la categoría fundamental, será la de *objeto físico cuatridimensional*, pues, "pas d'entité sans identité". No obstante, en esa ontología, hay que reservar un sitio a los números naturales —aunque no sean objetos en el senti-

do fisicalista—, pues no podemos prescindir de ellos sin que repercuta en una depauperación del ámbito científico.

El aparato destinado a la filosofía de la lógica y de las matemáticas se aborda desde la siguiente pregunta ¿constituyen las verdades de la lógica y de las matemáticas una clase aparte? La definición según la cual "Una frase es una verdad lógica si todas las frases que tienen la la misma estructura lógica son "verdaderas" pone de manifiesto, señala P. Gauchet que "si la noción de verdad lógica depende de la de términos lógicos y si estos no pueden ser dados más que por enumeración, la extensión del concepto de verdad lógica será terriblemente inestable" (p. 141). El recurrso a la estructura gramatical de las frases puede salvar esta indeterminación al menos de alguna manera; pero cabe otra pregunta ¿cuáles son o en qué medida se pueden ampliar los límites de la lógica? Aunque Quine está dispuesto a admitir una tal ampliación a partir de la distinción de nuevas categorías lexicales infinitas, por ejemplo, las introducidas por adverbios y adjetivos, rechaza la incorporación de construcciones epistémicas tales como "creer que" o "desear que" al número de las partículas lógicas puras (p. 146). Esta pretensión de pureza en el lenguaje lógico, permite plantear nuevamente el problema de la sinonimia y la identidad de sentido en su relación con la extensionalidad o con la intencionalidad como criterio de su fundamento. La solución de Quine puede resumirse en la subordinación de la semántica a la sintaxis, en la medida en que "el lenguaje no es sólo un objeto cultural sino que también es un instrumento y como tal es legítimo intentar mejorarlo, inyectando rigor a la lengua natural.

El realismo con el que caracteriza Gochet el pensamiento de Quine se pone de manifiesto, al considerar la manera en la que Quine asume las relaciones entre lógica y lenguaje natural. Para éste —a diferencia de lo que ocurre en Wittgenstein, que en el *Tractatus* afirma que las verdades de la lógica son tautologías que no dicen nada acerca de lo real—, la noción de *verdad* en cuanto tal, y al mismo tiempo la noción de *verdad lógica* se encuentra enraizada en la referencia y de un modo especial en un dominio de individuos. En cuanto al problema que plantea la existencia de lógicas desviantes en términos generales, Quine rechaza tanto la vía intuicionista que representa el idealismo como la vía formalista que representa el positivismo, para inscribirrse en la línea realista del logicismo de Frege; desde ella defiende que la lógica es *descriptiva* del mismo modo que lo es la física e *igualmente revisable*. No obstante, en favor de la lógica respecto de la teoría de conjuntos acepta que la lógica es *completa*, sus axiomas son *evidentes* y se aplica a *todos* los objetos, incluidos los conjuntos (p. 163).

En el capítulo VIII, P. Cochet aborda tras un breve esbozo histórico del problema, el tratamiento que la lógica modal

recibe de Quine. La negativa a admitir la inserción de operadores modales entre el cuantificador y la función proposicional, se funda en último término en el rechazo de Quine de el esencialismo aristotélico, postura desde la cual niega la distinción entre atributos necesarios y atributos contingentes. Quine no niega toda noción de necesidad; admite como Aristóteles que hay ciencia porque hay necesidad y no a la inversa; pero se niega a admitir que los seres posean necesariamente ciertas propiedades, pues esto es lo que condujo a Aristóteles a postular el principio de la *incomunicabilidad* de los *géneros*, que tiene como corolario la tesis del fijismo de las especies. Se sabe por otro lado, que las técnicas utilizadas en el tratamiento de la lógica modal, constituyen una prolongación de las utilizazas en la lógica no modal, pero no son las semejanzas que en el orden sintáctico se encuentran ellas, sino las diferencias en el orden semántico, lo que impone importantes opciones filosóficas, por ejemplo, la reducción de los contextos modales (no-extensionales), a contextos referencialmente opacos, conlleva el rechazo de contextos intensionales; o bien, la reducción de los operadores modales a *predicados* mediante un tránsito del lenguaje objeto a un metalenguaje, reduce la distinción de "necesario" y "contingente" simple y llanamente, a nuestro modo de referirnos a aquello a lo cual nos referimos. No obstante, pese a encontrar la distinción aristotélica de predicados necesarios y contingentes, como *arbitraria* y *verbal*, la exigencia de lo real y diversificado lleva a Quine a admitir el contraste entre *género natural* y *género nominal*. El concepto de *género natural* se basa o supone el concepto de *similitud*, ambos son conceptos legítimos pero de utilidad pasajera y el criterio de similitud varía y depende de las ciencias particulares.

El libro de P. Gochet,, prologado por Quine, termina con una conclusión, que resulta avalada al menos por las conclusiones a las que llegan otros autores tales como J. Ruytinx y Shuldenfrei; este último, haciendo referencia a posibles imposibles impugnaciones a la obra de Quine, afirma "...Brevemente, para presentar una razón lo suficientemente fuerte como para llevar a Quine a renunciar a su teoría del mundo se debe mostrar que existe una teoría mejor, no solamente que hay fallos en la suya. Su teoría debe ser disconfirmada de la misma manera que se disconfirma cualquier otra. Ella, la de Quine, *es* una teoría científica" (p. 210).

Como cabía esperar, el libro cuenta con un índice de autores y un índice temática; en la bibliografía se recogen exclusivamanete las obras y autores citados.

SANTOS CARRASCO

GONZÁLEZ, Angel Luis: *Ser y participación. Estudio sobre la cuarta vía de Tomás de Aquino.* EUNSA, Pamplona, 1979, 264 págs.